

Tema 8 Sociedad de masas y crisis económica

Lectura 18. La crisis de 1929 y la Gran Depresión

La crisis económica mundial de los años treinta tuvo profundas consecuencias en la historia del siglo XX. De no haberse producido, no habría existido Hitler ni quizá tampoco Roosevelt. Además, obviamente el sistema soviético habría sido considerado como un antagonista del capitalismo y una alternativa al mismo. Las consecuencias de la crisis en el mundo no occidental fueron también dramáticas. Dicho en pocas palabras, la segunda mitad del siglo no puede entenderse sin tener en cuenta el impacto de esta catástrofe económica.

El funcionamiento de la economía capitalista no es uniforme y las fluctuaciones, a menudo muy fuertes, son parte esencial de esta forma de organizar la actividad económica. El ciclo de expansión y depresión era algo con lo que ya estaban familiarizados los hombres de negocios desde el siglo XIX. Su repetición se preveía en períodos de entre siete y once años. A finales del siglo XIX se empezó a prestar atención a una periodicidad más larga, al analizar el curso de los acontecimientos en las décadas anteriores. A una fase de prosperidad mundial sin precedentes entre 1850 y 1873 habrían seguido 23 años de incertidumbre económica (muchos hablaban de una Gran Depresión) y luego otro período de gran expansión. A comienzos de los años 1920, un economista ruso, Kondratiev, formuló que el desarrollo económico desde finales del siglo XVIII se habría ajustado a una serie de “ondas largas” de una duración aproximada de entre 50 y 60 años, si bien ni él ni nadie pudo explicar satisfactoriamente esos ciclos (desde entonces se conocen con su nombre). Por cierto, Kondratiev afirmaba que en ese momento la onda larga de la economía mundial iba a comenzar su fase descendente. Estaba en lo cierto.

No fue una sorpresa para nadie que la economía mundial atravesara por nuevas dificultades a finales de los años veinte. Lo que nadie esperaba, sin embargo fue la enorme generalización y profundidad de la crisis que se inició con **el crack de la Bolsa de Nueva York el 29 de octubre de 1929**. Fue un hecho de extraordinaria magnitud, que supuso poco menos que el colapso de la economía capitalista mundial. Ya hemos visto la debilidad de la restauración económica en la posguerra, pero las conmociones de la guerra y la posguerra y los problemas políticos europeos sólo explican en parte la gravedad del hundimiento de la economía en el período de entreguerras. El análisis debe centrarse en dos aspectos.

El primero, la existencia de **un desequilibrio notable y creciente en la economía mundial, fruto de la asimetría existente entre el nivel de desarrollo de EEUU y el del resto del mundo**. El sistema mundial no funcionaba correctamente porque a diferencia de Gran Bretaña, que habría sido su centro neurálgico hasta 1914, EEUU no necesitaba al resto del mundo. Así, mientras Gran Bretaña, consciente de que el sistema financiero mundial se apoyaba en la libra esterlina, velaba por su estabilidad, EEUU no asumió una función estabilizadora de la economía mundial. EEUU no dependía del resto del mundo porque desde el final de la guerra necesitaba importar menos capital, mano de obra y nuevas mercancías, excepto algunas materias primas. En cuanto a sus exportaciones, aunque tenían importancia en el comercio mundial, tenían mucha menos trascendencia para la renta nacional que en cualquier otro país industrial. Puede discutirse el alcance real de las consecuencias de ese aislamiento de EEUU respecto a la economía mundial, pero es indudable que esta explicación de la crisis influyó en los economistas y políticos de EEUU en los años cuarenta y contribuyó a convencer a Washington de que debía responsabilizarse de la estabilidad de la economía mundial después de 1945.

El segundo aspecto a destacar es **la incapacidad de la economía mundial para generar una demanda suficiente que pudiera sustentar una expansión duradera**. Como ya hemos visto, las bases de la prosperidad de los años veinte no eran firmes, ni siquiera en EEUU, donde la agricultura estaba ya en una situación deprimida y los salarios no subían mucho, e incluso se estancaron en los últimos años

desquiciados de euforia económica. Como tantas veces ocurre en las economías de libre mercado durante las épocas de prosperidad, al estancarse los salarios, los beneficios aumentaron de manera desproporcionada y el sector acomodado de la población fue el más favorecido. Pero al no haber equilibrio entre la demanda y la productividad del sistema industrial, en rápido incremento, el resultado fue la sobreproducción y la especulación. A su vez, éstas provocaron el colapso. Sean cuales fueren los argumentos de historiadores y economistas, que siguen debatiendo la cuestión, la debilidad de la demanda impresionó profundamente a los contemporáneos que seguían con gran interés la actuación política del gobierno.

1. La crisis de 1929

A. El *crack* de Wall Street y la crisis económica en EEUU.

El *crack* bursátil de Nueva York, a finales de octubre de 1929, puso fin brutalmente a un extraordinario **boom especulativo**. Iniciada en 1925-1926 en el sector inmobiliario en Florida, la especulación se orientó pronto hacia Wall Street, atraída por los sustanciales beneficios que allí se podían obtener. De 1925 a septiembre de 1929, el precio de las acciones se multiplicó por cuatro; un número cada vez mayor de personas, con la esperanza de obtener rápidas plusvalías sin aparentes riesgos, se empezó a volcar sobre la Bolsa. Se podían comprar títulos a crédito, entregando el 20-25% de su valor; los préstamos a la vista eran ampliamente consentidos por los agentes de cambio: su interés era muy alto (9% de media; a lo largo del verano de 1929 llegaron a alcanzar el 12-15%) y atraía a muchos capitales volantes del mercado de Londres, que ofrecía menores beneficios, mientras que en Wall Street era prácticamente imposible obtener préstamos para fines productivos; el más pequeño accionista, el más insignificante inversor en bolsa, no tenía miedo alguno a acogerse a este tipo de préstamos a corto plazo, ya que estaba convencido de que el aumento de capital que lograría en la Bolsa, le aseguraría con creces su devolución.

El alza llamaba al alza, **el crédito sostenía la escalada de las cotizaciones**, con lo que la Bolsa se desvinculaba rápidamente de la realidad económica; se puede fechar a principios de 1928 este despegue de las cotizaciones respecto a los beneficios reales. A pesar de unos primeros síntomas: fuertes caídas de Wall Street en junio de 1928 y principios de 1929, *crack* de Londres en septiembre del mismo año, se permitió que la maquinaria cogiera velocidad. Se constituyeron sociedades de inversión, con el único fin de sacar al mercado los títulos y valores, cada vez más numerosos, de otras sociedades; especulando ellas mismas con los títulos emitidos, favorecían directamente el alza de las cotizaciones. Las empresas industriales y comerciales, por su parte, comprometían más allá de toda prudencia sus reservas y sus fondos en circulación con préstamos a los *brookers* (corredores de bolsa). Estos préstamos, por un total de 2.230 millones \$ el 31 de diciembre de 1924, se incrementaron desmesuradamente hasta alcanzar los 8.525 millones el 4 de octubre de 1929. De esta suma, menos de 1.900 millones procedían de los bancos, y el resto tenía su origen en sociedades industriales o comerciales, o bien particulares.

En esas condiciones la catástrofe era inevitable. En septiembre de 1929 la Bolsa, hasta entonces alcista, parecía vacilar; en la última semana de octubre **estalló el pánico**: el 24 (el “jueves negro”) se pusieron a la venta casi 13 millones de acciones, mientras que la demanda era insignificante. La intervención de los grandes banqueros e industriales del mercado de New York logró frenar de momento la caída, pero el lunes 28 y, sobre todo, el martes 29 de octubre, el hundimiento de las cotizaciones ya era irremediable: 33 millones de títulos se pusieron a la venta. Fenómeno imprevisible para los contemporáneos, el descenso siguió varios años y alcanzó máximos inimaginables: la media del *Dow Jones*, que había alcanzado los 125,43 \$ en 1929, se hundió hasta los 95,64 en 1930; 55,47 en 1931, y 26,82 en 1932.

La primera causa del *crack* de 1929 de Nueva York radica, pues, en la política de crédito demasiado fácil y en la actitud de la dirección de la Reserva Federal, que sólo intervino demasiado tarde y con demasiada timidez, a pesar de la conciencia que debía (y podía) haber tenido de los peligros de la

situación. Sin duda, la política monetaria facilitó, y quizá inició, el fenómeno especulativo; pero para tomar la medida al *crack* de 1929, hay que estudiar antes los factores estructurales, y en primer lugar los que conciernen a los bancos.

La **estructura bancaria** de EEUU estaba muy fragmentada: había unos 24.000 pequeños bancos, que cubrían un territorio restringido (la ley les prohibía operar en más de un Estado) y cuya fuerza o debilidad dependía estrechamente de la coyuntura, y sobre todo de las fluctuaciones de los precios agrícolas, pues los depósitos bancarios procedían en gran medida de los granjeros. La fragmentación, la ausencia de jerarquización, los errores de especialización en las diferentes operaciones financieras, hicieron que esta multitud de bancos, poco asesorados por la Reserva Federal, tomaran medidas de precaución exageradas. En la incertidumbre en que se encontraban por la situación económica y financiera del país, privados de toda visión de conjunto, no podían hacer otra cosa que reducir sus créditos a particulares, industriales, comerciantes y agricultores, y retirar los depósitos que ellos mismos habían realizado en otros bancos. Aunque este fenómeno se efectuó con discreción, para no alarmar al público y desencadenar un pánico generalizado, era un hecho irreversible; provocó y movió a la venta a muchos inversores en valores bursátiles.

¿Cómo se transformó la crisis bursátil en crisis económica? Por un lado, a pesar de la política de salarios altos practicada por algunos industriales (especialmente en el sector del automóvil), muy pocos eran los que disfrutaban de medios suficientes para mantener un consumo elevado e invertir de forma regular. Con la crisis bursátil, **el consumo de productos de lujo se redujo**, al tiempo que **descendían bruscamente las inversiones**, comprometiendo el futuro.

Por otro lado, la brutal contracción del crédito provocó un **bajón generalizado de la producción**: primero, por la quiebra de las industrias y comercios más débiles (casi 23.000 en 1929, más de 30.000 en 1932), y, sobre todo, por **la caída de los precios**, que llegó al 30% entre 1929 y 1932. Esta caída tiene fácil explicación: muchos consumidores, afectados por la crisis, decidieron aplazar sus compras; los *stocks* se acumularon; los industriales, para vender, bajaron sus precios, y esta tendencia a la baja constituyó, para los consumidores, un nuevo motivo para posponer las compras lo más posible. Por otra parte, los productores, al no poder hacer frente a sus gastos, redujeron personal, que pasaba a engrosar el paro, lo que disminuía el consumo potencial. Por último, EEUU no podía recurrir a aumentar las exportaciones: ya contaba con una balanza comercial muy positiva, y la salida al extranjero de los excedentes de producción sólo podía concebirse mediante una ampliación de los créditos, cuando la realidad reflejaba, por el contrario, que se había visto obligado a reducirlos notablemente.

Que los industriales redujesen su producción era comprensible, ya que esperaban, al disminuir la oferta, frenar el descenso de los precios. De esta forma, la producción industrial se redujo en más de un 50% entre agosto de 1929 y agosto de 1932, sobre todo en el sector de bienes de equipo (que cayó un 75%). Las inversiones se hundieron: del 15,4% del producto nacional bruto en 1929 al 1,5% en 1932. Por su parte, las **quiebras bancarias**, que superaron las 5.000, provocadas sobre todo por el hundimiento de los precios agrícolas y las dificultades financieras de los campesinos, frenaron cualquier posibilidad de contrarrestar la caída de las inversiones.

B. La extensión de la crisis al resto del mundo.

La “exportación” de la crisis se explica por el peso de EEUU en la economía mundial. Desde antes del *crack*, la especulación bursátil en Nueva York había acaparado la mayoría de los capitales disponibles, y las **inversiones y préstamos al exterior** se habían reducido notablemente. Como es natural, desde el inicio de la crisis, las entradas de capital cesaron poco a poco (en dirección a Alemania, y también hacia América Latina), privando a muchos países de sus habituales medios de pago e impidiéndoles comprar productos europeos y de EEUU; además, los bancos y particulares se esforzaron por repatriar sus capitales. Privados del maná que recibían desde hacía unos diez años, los países deudores de

EEUU tuvieron que reducir masivamente sus importaciones y aún más su consumo. En todo el mundo, los productores, si no querían perder su clientela, tuvieron que equiparar sus precios a los de EEUU, que sufrieron, como se ha visto, un descenso medio del 30% entre 1929 y 1932: ¡incitación extraordinaria a reducir la producción!

La brutal contracción de la economía de EEUU se contagiaba con gran rapidez al resto del mundo a través de los **intercambios internacionales**. En 1929, las importaciones que hacían EEUU representaban 1/8 del total mundial; un frenazo brutal de dichas compras fue suficiente para orientar los precios a la baja, sobre todo en los mercados de materias primas. Los productores de éstas, ya afectados por el freno de las inversiones extranjeras, sufrieron una brutal caída de sus exportaciones e ingresos; el hundimiento de precios fue espectacular: el precio del quintal de trigo de Canadá bajó a la mitad entre 1929 y 1931 (los ingresos netos de los agricultores canadienses bajaron de 1.500 millones \$ en 1928, a 500 millones en 1931); los precios del algodón y del café cayeron en dos tercios, y ocurrió lo mismo con la seda en bruto, la lana, la carne bovina y ovina—. Esto supuso el hundimiento, según un informe de la SDN en 1931, de Argentina, Australia, Bolivia, Brasil, Canadá, Colombia, Cuba, Chile, Ecuador, Egipto, Finlandia, Hungría, India, las Indias Holandesas, Malasia, México, Nueva Zelanda, Países Bajos, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela, cuyo comercio exterior dependía de unos pocos productos primarios. Todos estos países jóvenes restringieron, pues, considerablemente sus pedidos de productos manufacturados, con lo que Europa se resentiría de la crisis de EEUU. En definitiva, ese fenómeno transformó la Depresión en un acontecimiento literalmente mundial.

Por último, los fenómenos monetarios internacionales contribuyeron de forma notable a acentuar la depresión. El movimiento de los capitales flotantes, en busca de inversiones seguras, comprometió peligrosamente, por su gran amplitud, la cobertura de los bancos y fondos de valores de los institutos de emisión, dificultando así los intercambios comerciales. Pero, sobre todo, **el hundimiento del sistema monetario internacional**, consecuencia directa del *crack* de 1929, **paralizó el comercio mundial**, y por tanto, en muchos países, las industrias orientadas a la exportación. Al abandonarse el *Gold Exchange Standard* (el patrón-cambio-oro tan penosamente puesto en marcha en 1922) en septiembre de 1931, justo tras el hundimiento de las monedas de Europa Central, por parte del Reino Unido, que acababa de provocar la fluctuación de la libra, se privó a los intercambios del instrumento estable y seguro que se había utilizado durante decenios. Tras esta ruptura del mercado internacional se crearon bloques monetarios, se firmaron acuerdos comerciales bilaterales, instituyéndose a veces un control de cambios, y reinando siempre una fragmentación económica claramente perjudicial para el comercio y la industria mundiales: la adopción por los diversos países de tarifas prohibitivas constituyó un “proceso acumulativo de depresión”.

La **caída de la producción industrial** mundial fue espectacular: en junio de 1932 alcanzó su nivel más bajo, un tercio de la de junio de 1929. También disminuyeron los intercambios mundiales: un 25% en volumen y un 60% en valor, dada la caída de los precios. La crisis fue, pues, brutal en los países muy industrializados. La situación relativamente favorable del Reino Unido se debió a que la devaluación de la libra (1931) relanzó sus exportaciones; en cuanto a Francia, su posición media se explica por el carácter poco especializado de su industria. En todo caso, jamás se había producido semejante hundimiento, ni siquiera durante la guerra. El sector más afectado fue el de los bienes de equipo. Los bienes de consumo sufrieron una caída más atenuada, alrededor del 20%, pero al estar su industria más sujeta a la competencia, sus precios bajaron bastante más.

C. El impacto social de la crisis.

En EEUU— la gran caída de los precios agrícolas (57% entre junio de 1929 y diciembre de 1932), unida a la necesidad de reducir al máximo los gastos, incitó a los **agricultores** a volver a una economía de subsistencia. Aun despidiendo a sus asalariados, posponiendo reparaciones y mantenimiento del material, y dejando de comprar productos manufacturados, los campesinos tuvieron que pedir a menudo nuevos créditos para hacer frente a sus deudas. Los bancos se fueron apoderando poco a poco de las tierras de sus

deudores en quiebra: muchos se convirtieron en aparceros de las tierras que antes poseían, y otros se vieron expulsados cuando los bancos empezaron a reagrupar sus propiedades para rentabilizarlas.

Para los que trabajaban a cambio de un salario, la principal consecuencia de la Depresión fue **el desempleo en una escala inimaginada y sin precedentes**, y por mucho más tiempo del que nadie pudiera haber previsto. En 1929 ya eran 10 millones; en 1932 su número se acercaba a los 30 millones (quizá 40 si se cuentan los parados parciales y el paro invisible). Unos 13 millones en EEUU; 5,2 en Alemania; 2,4 en Gran Bretaña. En los momentos peores de la crisis (1932-1933), los índices de paro se situaron en el 22-23% en Gran Bretaña y Bélgica, el 24% en Suecia, el 27% en EEUU, el 29% en Austria, el 31% en Noruega, el 32% en Dinamarca y en no menos del 44% en Alemania. Además, la recuperación iniciada en 1933 no logró reducir la tasa de paro por debajo del 16% en Gran Bretaña y Suecia, y del 20% en el resto de Escandinavia, en Austria y en EEUU. El único país occidental que consiguió acabar con el paro fue la Alemania nazi entre 1933 y 1938. Nadie podía recordar una catástrofe económica de tal magnitud en la vida de los trabajadores. El hambre (o el miedo a tenerla) resurgió en sociedades que ya hablaban de abundancia. Muchas “marchas del hambre” se hicieron en los países industrializados.

Lo que hizo aún más dramática la situación fue que **los sistemas de seguridad social** no existían (caso de EEUU) o **eran muy insuficientes**, sobre todo para los parados de larga duración. Esta es la razón por la que la seguridad ha sido siempre una preocupación básica de la clase trabajadora: protección contra las temidas incertidumbres del empleo, la enfermedad o los accidentes y contra la temida certidumbre de una vejez sin ingresos. Eso explica también que los trabajadores sueñen con ver a sus hijos en un puesto de trabajo modestamente pagado pero seguro y con derecho a jubilación. Incluso en Gran Bretaña, donde los sistemas de seguros de paro estaban más desarrollados antes de la Depresión, no llegaban siquiera al 60% de la población trabajadora, y ello porque desde 1920 Gran Bretaña se había visto obligada a tomar medidas contra un desempleo generalizado. En los demás países de Europa (excepto en Alemania, donde más del 40% tenía derecho a percibir el paro), el porcentaje de trabajadores protegidos no llegaba al 25%. Quienes se habían acostumbrado a trabajar de forma esporádica o a atravesar por épocas de paro cíclico empezaron a sentirse desesperados cuando, una vez gastados sus pequeños ahorros y agotado el crédito en las tiendas de alimentos, veían imposible encontrar un trabajo.

De ahí el impacto traumático que tuvo en la política de los países industrializados el paro generalizado, principal fruto de la Gran Depresión para la mayoría de la población. Poco les podía importar que los historiadores puedan demostrar que la mayoría de los que lograron tener un empleo mejoraron su posición, ya que los precios bajaron durante todo el período de entreguerras e incluso en los años más duros de la Depresión los precios de los alimentos cayeron más que los de los demás productos. La imagen dominante en la época era la de los comedores de beneficencia y la de los ejércitos de parados que desde los centros fabriles donde el acero y los barcos habían dejado de fabricarse convergían hacia las capitales para denunciar a los que creían responsables de la situación. Por su parte, los políticos eran conscientes de que el 85% de los afiliados del Partido Comunista alemán (que durante la Depresión, en los meses anteriores a la subida de Hitler al poder, creció casi tan deprisa como el partido nazi) eran parados.

2. La Gran Depresión: reacciones y consecuencias

A. Las reacciones ante la Gran Depresión.

a. Deflación y proteccionismo: el ocaso del capitalismo liberal.

La inexistencia de soluciones en el marco de la vieja economía liberal hacía dramática la situación para los responsables económicos. A su juicio, las medidas para hacer frente a corto plazo a la crisis socavaban a largo plazo las bases de una economía mundial próspera. En unos años en que el comercio mundial disminuyó el 60% (1929-1932), los países empezaron a levantar barreras mayores para

proteger sus mercados y sus monedas frente a los ciclones económicos, aun sabedores de que eso significaba dismantlar el sistema de comercio multilateral en el que, según creían, debía sustentarse la prosperidad del mundo. La piedra angular de ese sistema, la “cláusula de nación más favorecida”, desapareció de casi el 60% de los 510 acuerdos comerciales que se firmaron entre 1931 y 1939. ¿Cómo acabar a todo? ¿Será posible salir de ese círculo vicioso?

La Gran Depresión desterró el liberalismo económico durante medio siglo. Ante la gravedad y dureza de la crisis, en todos los países se produjo una intervención estatal (pedida por los mismos que antes se declaraban partidarios del liberalismo) de dimensiones hasta entonces desconocidas. El dirigismo económico tendió a consolidar el capitalismo más que a reducirlo y nunca se llegó a poner en duda la propiedad privada o la estructura social.

Los gobiernos, inicialmente, impusieron **aranceles proteccionistas** fuertes. En junio de 1930, EEUU instauró la tarifa Hawley-Smoot. El ejemplo fue pronto seguido por todos los países, incluso el Reino Unido, patria del libre comercio, que mediante el *Import Duties Act* (1932) gravó las importaciones con un 10% (excepto materias primas y alimentos): en la práctica los derechos aduaneros británicos subieron un 20% o más. Era éste un impuesto muy habitual en esos años: en Francia las tarifas pasaron del 17,8 al 29,4% entre 1932 y 1935; en Alemania subieron del 8% en 1929 hasta el 29% en 1937; en Italia crecieron del 12 al 19,4%. Pero la caída de los precios, así como la competencia cada vez más fuerte, hacía insuficientes estas medidas aduaneras; los países tuvieron que recurrir cada vez más al sistema de cupos (que limita la importación de ciertos productos), e incluso a la pura y simple prohibición.

Algunos países ricos, como EEUU, Reino Unido o Francia (entre los tres poseían en 1937 el 80% del stock mundial de oro), pudieron controlar la situación con medidas moderadas. Otros, como Japón, Alemania o Italia, se orientaron **hacia la autarquía**, desarrollando al máximo su producción nacional (ante la imposibilidad de pagar importaciones) y regulando estrechamente su comercio exterior. Alemania puso el acento en el cereal (ante la falta de trigo), el cáñamo y el lino (ante la falta de algodón), y la ganadería; explotó de nuevo gran cantidad de minas cerradas por su poca rentabilidad y multiplicó los esfuerzos para encontrar productos alternativos (de la hulla, textiles y caucho sintético). Firmó además acuerdos compensatorios con pequeños países que pronto iban a constituir verdaderas zonas de influencia económica: Bulgaria, Grecia, Hungría, Yugoslavia y Turquía. El control total de su comercio exterior aseguraba al gobierno alemán una posición extremadamente fuerte para negociar con ellos, ya que tenía la posibilidad de comprar la totalidad de la producción de un país. Por esto mismo, el gobierno alemán disfrutaba de una privilegiada situación en América latina (Brasil, Chile, Perú, Bolivia, Venezuela, etc.).

La mayoría de los países industrializados era consciente del peligro de la autarquía: la subida de los aranceles no servía de nada si todos hacían lo mismo. Eso impulsó la firma de **acuerdos regionales preferenciales**: la Convención de Oslo (1930) acercó Bélgica, Holanda, Luxemburgo y los países escandinavos. Los acuerdos de Ottawa (1932) entre Gran Bretaña y la *Commonwealth* crearon el sistema de “preferencia imperial” y relanzaron los intercambios entre ellos. Convencidos de los males del nacionalismo económico y de la compartimentación comercial, las principales naciones convocaron una Conferencia en Londres (1933), pero no lograron establecer una “tregua aduanera” o reducción general de aranceles.

Los gobiernos también intervinieron apoyando a empresas industriales en dificultades. Se intentó hacer bajar los precios de costo mediante la clásica **política deflacionista**. Se suponía que la reducción de los medios de pago, los salarios y todo tipo de créditos, sanearía la situación, provocando el cierre de las empresas no rentables y la liquidación de stocks. Al mismo tiempo, el Estado se impuso un riguroso equilibrio presupuestario, reduciendo el gasto público y subiendo los impuestos. En la práctica, ningún gobierno logró realzar tal política. Dado el alto porcentaje de gastos generales (y la importancia del capital fijo), las empresas no pudieron reducir todo lo deseable sus costos. En cuanto al Estado, la disminución de ingresos a causa de la crisis, unida al aumento de los gastos (subsidio de paro, subvenciones

para impulsar la producción), hacía ilusorio cualquier intento de equilibrio presupuestario.

El abandono del patrón-oro y la devaluación monetaria– fue el remedio último. Los primeros en devaluar, en 1929, fueron Australia, Argentina, Brasil y Uruguay. En 1931-32, EE.UU., Gran Bretaña, Canadá y los países escandinavos abandonaron el patrón oro, y en 1936 se sumaron incluso los más fervientes partidarios del mismo: Bélgica, Países Bajos y Francia.

b. Medidas sociales e intervencionistas.

La Gran Depresión obligó a los gobiernos a dar prioridad a las consideraciones sociales en la formulación de sus políticas. El peligro que existía de no hacerlo así (la radicalización de la izquierda y, como se demostró en Alemania y en otros países, de la derecha) era demasiado amenazador. Los gobiernos no se limitaron a **proteger la agricultura** elevando aranceles frente a la competencia extranjera. También subvencionaron la actividad agraria garantizando precios al productor, comprando excedentes o pagando a los agricultores para que no produjeran, como ocurrió en EE.UU. desde 1933 (el origen de la paradójica "política agrícola común" de la Unión Europea, como se ve, se remonta a la Gran Depresión).

Para resolver, al menos en parte, el tema del paro, se recurrió al **empleo público**. En 1933-1934, el 60% del presupuesto federal de EE.UU. se dedicó a construir carreteras, autopistas, puertos y grandes presas. En Gran Bretaña se hizo un esfuerzo especial en el sector de la vivienda. En Italia y, sobre todo, en Alemania, la industria armamentista relanzó la actividad económica a partir de 1935-1936. En 1945 el "pleno empleo" pasó a ser el objetivo básico de la política económica en los países donde se instauró un capitalismo democrático reformado, cuyo máximo defensor fue el economista británico John M. Keynes. **La doctrina keynesiana** proponía eliminar el paro generalizado por razones tanto económicas como políticas. Los keynesianos sostenían que la demanda que generan los salarios de los obreros estimularía las economías deprimidas. Sin embargo, la razón por la que se dio la máxima prioridad a esa forma de estimular la demanda (el gobierno británico asumió ese objetivo antes incluso de 1939) fue la consideración de que el paro generalizado era social y políticamente explosivo, tal como había demostrado la Gran Depresión.

Otra medida profiláctica que se adoptó a raíz de la Gran Depresión fue la creación de amplios sistemas de seguridad social, como el aprobado en EE.UU. en 1935. Acostumbrados a la generalización de ambiciosos sistemas sociales en los países desarrollados (con excepciones como Japón, Suiza y EE.UU.) que olvidamos cuál era la situación antes de la 2ª G.M. Incluso los países escandinavos estaban tan sólo comenzando a implantarlos entonces. De hecho, la expresión "Estado del bienestar" no comenzó a utilizarse hasta los años cuarenta.

Un hecho resaltaba el trauma derivado de la Gran Depresión: el único país que había rechazado el capitalismo, **la URSS, parecía inmune a la crisis** y se industrializaba a marchas forzadas gracias a sus planes quinquenales. Entre 1929 y 1940, su producción industrial se triplicó y su participación en la producción mundial pasó del 5% en 1929 al 18% en 1938, mientras que la cuota conjunta de EE.UU., Gran Bretaña y Francia bajó del 59 al 52%. Además, en la URSS no había paro. Esos logros impresionaron a los observadores y visitantes extranjeros de todas las ideologías entre 1930 y 1935 más que la tosquedad de la economía soviética y la crueldad de la colectivización y la represión de Stalin. Lo que les preocupaba realmente era el hundimiento de su propio sistema económico, la profundidad de la crisis del capitalismo occidental. ¿Cuál era el secreto del sistema soviético? ¿Podría extraerse alguna enseñanza de su funcionamiento?

Los políticos empezaron a hablar de **"plan" y "planificación"**. Los partidos social-demócratas comenzaron a aplicar "planes", por ejemplo, en Bélgica y Noruega. Sir Arthur Salter, un alto funcionario británico, escribió un libro para demostrar que para escapar del círculo vicioso de la Gran Depresión era esencial construir una sociedad planificada. Otros crearon un grupo de reflexión llamado *Political and*

Economic Planing. Algunos polí-ticos conservadores jóvenes, como el futuro primer ministro Harold Macmillan, pasaron a defender la “planificación”. Incluso los nazis copiaron la idea al iniciar Hitler un “plan cuatrienal”.

En todos los países la economía fue sujeta a **una mayor reglamentación**: control estricto del mercado financiero (como en EEUU, –respecto a la composición del capital o las operaciones bancarias); fijación de precios máximos para ciertos productos; restricción de zonas de cultivo o de superficies industriales. En muchos países se instauró una **política de créditos y subvenciones** para ayudar a las empresas. En EEUU se creó en 1932 una institución para conceder créditos a Bancos y Cajas de Ahorro. En Francia, el Estado sacó a flote a grandes empresas de transporte y garantizó los depósitos de diversos bancos en dificultades. En Italia, donde, como en Alemania, esta política era más acentuada, se creó el *IRI* (*Instituto per la Riconstruzione Industriale*).

Se desarrolló **el sector público y las nacionalizaciones**, al tiempo que el Estado entraba a participar en numerosas empresas mixtas, como la *BBC* o la *London Passenger Transport Board*. En Francia, el Estado fundó la *Compagnie Générale de Rhénanie* (1933) y la *SNCF* (1937). En un afán de rentabilización y eficacia, los gobiernos incitaron a las empresas a una mayor **concentración y “cartelización”**. En Japón, por ejemplo, las firmas *Mitsui* (petróleo, hierro, plomo, productos químicos) y *Mitsubishi* (astilleros, cristal, estaños, alcohol) tenían un dominio aplastante. También en Gran Bretaña fue espectacular la concentración financiera e industrial: la nueva *British Iron and Steel Federation* controlaba 2.000 empresas y el 67% del sector del acero; las *Imperial Chemical Industries* o *Unilever* también testimonian el vigor de este movimiento. En EEUU – todas las ramas de la industria (el acero, el cobre, los textiles), ya muy reagrupadas, todavía se concentraron más. Los tres grandes del automóvil (*Ford*, *General Motors*, *Chrysler*) controlaban, en 1938, el 90% de la producción nacional, frente al 71% de 1920 y el 83% de 1930.

c. El *New Deal* de Franklin D. Roosevelt.

En EEUU, donde el crack de 1929 había precipitado el gran colapso económico, tuvieron lugar profundos cambios. En 1932 el PNB había descendido a menos de la mitad del de 1929; de 12 a 14 millones de personas estaban en paro. El presidente **Herbert Hoover**, elegido en 1928, en la pleamar de la prosperidad, era identificado por la opinión pública con los tiempos difíciles. Hoover no veía con buenos ojos ninguna intervención gubernamental a gran escala, convencido de que el ciclo de los negocios que había traído la depresión traería, en su momento, la prosperidad, y que, una vez restablecida la confianza en los negocios, comenzarían la recuperación. Al fin, su gobierno tuvo que actuar, proponiendo para la economía mundial un año de suspensión de pagos de todas las deudas entre los países, y, en el interior, concediendo ayuda financiera a bancos y ferrocarriles, ampliando las facilidades de crédito, ayudando a liberar las hipotecas de algunos granjeros y pequeños propietarios de casas y lanzando, aunque demasiado tarde, un programa de grandes obras que se limitaba a intentar coordinar las iniciativas que tomaran los Estados o los ayuntamientos. Pero Hoover no fue más allá; se opuso a la ayuda federal directa a los parados; los veteranos que pretendían que se les pagasen sus bonificaciones de la época de la guerra para superar los malos tiempos fueron expulsados de Washington en 1932; el paro, las quiebras de las empresas y las ejecuciones de las hipotecas sobre las granjas continuaban.

En 1932 los millones de obreros parados, de desesperados miembros de las clases medias y bajas de las ciudades, y de granjeros arruinados pusieron fin a la administración republicana y eligieron al primer presidente demócrata desde Woodrow Wilson. El nuevo presidente era **Franklin D. Roosevelt**. La combinación de recuperación, ayuda y legislación reformista que inició se conoce como el *New Deal*. El nuevo presidente se aventuró en un programa de improvisación y de experimentación, pero con tal decisión y energía, que pronto engendró un vivo entusiasmo. Poco tiempo después, el Congreso aprobaba un impresionante conjunto de leyes. El programa de ayuda a los granjeros, a los pequeños propietarios de casas y a la industria, iniciado por Hoover, se amplió hasta una escala irreconocible.

1. La primeras medidas de recuperaci3n y reforma.

El gobierno facilit3 ayuda financiera y foment3 un amplio programa de **obras p3blicas** para reducir el paro, primero mediante pr3stamos a los Estados para construir viviendas, carreteras, puentes y escuelas, y luego mediante un programa federal de obras. Para hacer frente a la crisis financiera, se cerraron temporalmente **los bancos** para volverse a abrir bajo una rigurosa supervisi3n. **El d3lar** fue separado del patr3n oro y devaluado, principal–mente para ayudar a los granjeros a competir en los mercados exteriores. En **la agricultura**, el gobierno concedi3 ayudas a los granjeros dispuestos a reducir su producci3n, subvencionando incluso la destrucci3n de cosechas y de ganado, a fin de eliminar los excedentes. Era parad3jico, desde luego, que el gobierno redujese la extensi3n cultivada y destruyese los productos agr3colas, mientras las ciudades ten3an necesidad de ellos. Pero la administraci3n trataba de afrontar, no s3lo la situaci3n inmediata, sino la crisis agr3cola m3s profunda, que era anterior a la depresi3n. Posteriormente, los granjeros recibieron subsidios para dedicar una parte de su tierra a cosechas que conservaran el suelo. Un **Cuerpo Civil de Conservaci3n** foment3 tambi3n la repoblaci3n forestal, y remedi3 el paro dando trabajo a casi 3 millones de j3venes. En cuanto a la industria, una **Ley de Recuperaci3n Nacional** (la NRA) estimul3 a las empresas a la implantaci3n voluntaria de unos “c3digos de competencia honrada” que ayudasen a regular los precios y la producci3n.

Todas esas medidas pretend3an recuperar el achaco–so sistema capitalista, mediante la mejora del poder adquisitivo y el est3mulo de la actividad industrial. La novedad m3s importante fue el **recurso al d3ficit p3blico**. Aunque sin seguir una filosof3a econ3mica consecuente, el *New Deal* reflejaba indirectamente las teor3as del economista ingl3s Keynes. En obras anteriores y en *La teor3a general del empleo, del inter3s y del dinero* (1936), Keynes sosten3a que, si la inversi3n privada se retra3a, deb3an emplearse los fondos p3blicos para estimular la actividad econ3mica e incrementar el poder adquisitivo hasta que el capital privado comenzase a fluir de nuevo. Para poner el dinero en circulaci3n y “cebar la bomba” de la producci3n industrial, el gobierno emprendi3 un gran programa de pr3stamos y de gastos. Por heterodoxo que fuese una d3ficit p3blico, parec3a entonces (y tambi3n despu3s, hasta la d3cada de 1980) el 3nico m3todo de impedir el colapso econ3mico en un sistema capitalista. En tales actividades de recuperaci3n y reforma, el gobierno ejerc3a un papel que, hasta entonces, s3lo hab3a desempe3ado en tiempo de guerra. Las agencias de colocaci3n proliferaron; la n3mina federal aument3; la deuda p3blica se duplic3 entre 1932 y 1940.

Adem3s de las medidas de recuperaci3n, se adoptaron ciertas reformas de mayor alcance. Para impedir una superespeculaci3n y la repetic3n de una bancarrota como la de 1929, se cre3 una **Comisi3n de Valores y de Cambios** que regulaba la emisi3n de acciones y supervisaba las operaciones del cambio de valores. Los dep3sitos bancarios estaban garantizados por el seguro federal, de modo que los depositantes nunca volver3an a perder los ahorros de toda su vida. Una **Autoridad del Valle del Tennessee** (TVA) sirvi3 de programa piloto para las obras de defensa contra las inundaciones, para el desarrollo econ3mico regional, y para la producci3n barata de energ3a p3blica, un criterio, seg3n se dijo, para las compa33as de utilidad privada.

En 1935 todav3a hab3a 5 millones de parados. Los empresarios, que al principio hab3an estado de acuerdo con el gobierno, ahora se opon3an a que regulase las finanzas y la industria. El Tribunal Supremo declar3 inconstitucionales la NRA y otras medidas del *New Deal*.

2. Reformas sociales y “Estado del bienestar”.

Despu3s de 1935 nuevas leyes trataron de mejorar la situaci3n de los obreros y atenuar la inseguridad del ciudadano medio. Una **Ley de Seguridad Social** nacional (1935), preve3a el seguro de desempleo, de vejez y de incapacidad. La **Ley de Normas Justas de Trabajo** establec3a las cuarenta horas como un m3ximo de trabajo normal a la semana, y fijaba un m3nimo de salario por hora; quedaba abolido el trabajo de los ni3os. Una tercera medida, la **Ley de Relaciones Laborales** (o Ley Wagner), transform3 el escenario

industrial de EEUU.

Por primera vez, los sindicatos tenían al gobierno federal y a la ley a su lado en su lucha por mejorar las condiciones laborales. La nueva ley garantizaba el derecho de los obreros a la negociación colectiva a través de los sindicatos, declaraba ilegales los sindicatos de empresa y prohibía a los empresarios interferir en la vida sindical o discriminar a los afiliados. Gracias a ello, se revitalizó la antigua Federación Americana del Trabajo (AFL), y surgió una nueva y vigorosa organización, el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO), que organizaba a los obreros por sectores industriales y llegaba a los obreros no cualificados en industrias como las del acero, automovil, textil, construcción naval y caucho. Millones de trabajos que nunca habían estado organizados, entre los que se incluían mujeres y obreros negros, formaban parte ahora de poderosos sindicatos con recursos cada vez mayores. El total de trabajadores sindicados se elevó de unos 4 millones en 1929 a 9 millones en 1940. Militantes y conscientes de su nueva fuerza, pero poco influidos por ideologías revolucionarias, los obreros de EEUU decidieron no crear un tercer partido, sino actuar dentro del tradicional sistema de dos partidos.

Otro proyecto de ley pretendía reformar el sistema fiscal, con impuestos progresivos y dificultando la evasión de impuestos. El *New Deal* trató también de invertir la tendencia hacia la concentración económica, que él mismo había estimulado antes, mediante una investigación sobre las prácticas monopolistas, y una campaña contra los *trusts*. Un programa de mejora de los barrios bajos y de casas baratas constituyó el primer paso para disponer de viviendas adecuadas. Se concedieron ayudas al arrendatario y al aparcerero. Se pretendía auxiliar a los que el Presidente, en 1937, describió como “un tercio de un pueblo mal alimentado, mal vestido, mal alojado”. Si bien el *New Deal* no los alimentó, ni los vistió, ni les dio casa, ni atacó las raíces más profundas de la pobreza, de la marginación urbana y de la discriminación racial en EEUU, puso de manifiesto, al menos, el enorme potencial de la acción del Estado en todos esos ámbitos.

El gasto público y la renovada confianza en la salud de las instituciones crearon una **lenta, gradual y parcial recuperación**. A mediados de 1937, sin embargo, se produjo una recesión: la actividad de los negocios retrocedió y el gasto público disminuyó; la recesión no terminó hasta 1938, al reanudarse el gasto público. La renta nacional llegó a 71.000 millones \$ en 1939, doble de lo que había sido en el momento más bajo de la depresión, pero todavía inferior a 1929. A pesar del avance sustancial, la actividad en los negocios no recobraba el nivel máximo de 1929. La resistencia de los propios empresarios puede haber influido. La creciente deuda pública, las declaraciones antiempresariales del gobierno, los mayores impuestos para las empresas y las rentas altas, y las muchas concesiones a los obreros ahuyentaban las inversiones y condujeron a una “huelga de brazos caídos” del capital. Algunos aseguraban que los salarios habían subido demasiado bruscamente, aumentando los costes de producción, y, por consiguiente, desalentando la expansión de los negocios.

El *New Deal* contribuyó notablemente a la recuperación económica, pero no acabó con la depresión. La recuperación completa, la eliminación del paro, el pleno uso (y expansión) de la capacidad productiva habían de esperar hasta los grandes gastos de guerra, en comparación con los cuales habían de parecer exiguos los gastos de la depresión. Hacia 1938 el *New Deal* llegó a su término; la administración desplazó su atención desde la reforma interior hacia la tempestad que se avecinaba en Europa y en el Lejano Oriente.

Los cambios aportados por la llamada “revolución Roosevelt” fueron notables. Siguiendo un proceso que se remontaba, por lo menos, a la época de Theodore Roosevelt, pero ampliando la función del gobierno federal más que ninguna otra administración anterior, el *New Deal transformó el Estado no intervencionista en un Estado del bienestar*. El gobierno impuso controles a las empresas, tomó parte incluso en algunas (como en la TVA), utilizó su poder para redistribuir la riqueza, y estableció un amplio sistema de seguridad social. La influencia política de los trabajadores aumentó. Quedó clara y establecida que el gobierno era responsable del bienestar social y económico del pueblo. Tal vez ahí

radicaba la verdadera esencia del *New Deal*. El partido republicano, cuando volvió al poder después de la 20 G.M., mantuvo e incluso extendió las reformas del *New Deal*, reconociendo así implícitamente que, a pesar de las críticas que se le habían hecho en su momento, **el *New Deal* no pretendió destruir el capitalismo, sino rehabilitarlo y fortalecerlo mediante la reglamentación y la reforma.**

Roosevelt, de familia rica, denunció a los “monárquicos” y, a su vez, fue calificado de “traidor a su clase”. Cuando el Tribunal Supremo declaró inconstitucionales las medidas del *New Deal*, Roosevelt pensó en reorganizar y ampliar el tribunal, lo que suscitó más hostilidad política. A pesar de la ruidosa oposición, Roosevelt, en las elecciones de 1936, ganó en casi todos los Estados y después fue reelegido en 1940 y en 1944 (cada vez con mayorías más pequeñas), siendo, por tanto, elegido cuatro veces consecutivas, circunstancia sin precedentes (esta posibilidad fue luego excluida mediante una enmienda constitucional de 1951).

Nadie podía ser neutral respecto a Roosevelt. Algunos decían que había creado una burocracia enorme, reglamentista, costosa e inmoderada, una auténtica amenaza a la libertad y a la seguridad del ciudadano individual. Pero, a pesar de su despilfarro y de sus incongruencias, de su costosa y poco ortodoxa política financiera, de su ampliación del poder ejecutivo y de la expansión de la burocracia gubernamental, el *New Deal* representó una audaz y humanitaria forma de afrontar la mayor crisis que EEUU hubiera sufrido nunca, al margen de las guerras; preservó y reafirmó la fe de los ciudadanos en su sistema democrático, y eso en un momento en que la democracia estaba sucumbiendo en otras partes.

B. Las consecuencias políticas de la Gran Depresión.

Los efectos de la Gran Depresión sobre la política y la opinión pública fueron grandes e inmediatos. Desafortunado el gobierno que estaba en el poder cuando se produjo el cataclismo, ya fuera de derechas, como el de Hoover (1928-1932) en EEUU, o de izquierdas, como los gobiernos laboristas de Gran Bretaña y Australia. Hacia 1934 eran pocos los países donde la política no se hubiese modificado sustancialmente respecto al período anterior a la Gran Depresión. En Japón y en Europa se produjo un fuerte giro hacia la derecha, excepto en Escandinavia, donde Suecia inició en 1932 un largo período de gobierno socialdemócrata, y en España, donde la monarquía dejó paso a una malhadada y efímera república en 1931. Pero la consecuencia política más importante y siniestra de la Gran Depresión fue el triunfo casi simultáneo de un régimen nacionalista, belicista y agresivo en dos importantes potencias militares, Japón (1931) y Alemania (1933). Las puertas que daban paso a la 2ª G.M. se abrieron en 1931.

El espectacular retroceso de la izquierda revolucionaria contribuyó a fortalecer a la derecha radical, al menos en los años más duros de la Depresión. Lejos de iniciar un nuevo proceso revolucionario, como creía la Internacional Comunista, la Depresión dejó el movimiento comunista internacional fuera de la URSS en una situación de debilidad sin precedentes. Es cierto que en ello influyó la política suicida de la *Comintern*, que no sólo subestimó el peligro que entrañaba el nazismo en Alemania, sino que adoptó una política de aislamiento sectario, al decidir que su principal enemigo era el movimiento obrero de masas organizado de los partidos socialdemócratas y laboristas (calificados de socialfascistas). En 1934, una vez que Hitler eliminó el Partido Comunista alemán, en el que Moscú había depositado la esperanza de la revolución mundial y que aún era la sección más poderosa de la Internacional (los comunistas chinos no eran más que una caravana acosada en su Larga Marcha), poco quedaba ya del movimiento revolucionario internacional. En la Europa de 1934, sólo el Partido Comunista francés tenía aún una presencia importante. En la Italia fascista, a los diez años de la “marcha sobre Roma” y en plena Depresión internacional, Mussolini se sintió lo suficientemente confiado en sus fuerzas como para liberar a algunos comunistas para celebrar este aniversario. Esa situación cambió en unos pocos años. De todos modos, la conclusión es que, en Europa, el resultado inmediato de la Depresión fue justamente el contrario del que preveían los revolucionarios sociales.

El retroceso de la izquierda no se limitó al declive de los comunistas, pues con la victoria de Hitler

desapareci³ pr³cticamente el Par-tido Socialdem³crata alem³n y en 1934 la socialdemocracia aus-tr³aca conoci³ el mismo destino tras una breve resistencia armada. El Partido Laborista brit³nico ya hab³a sido en 1931 v³ctima de la Depresi³n, y sus sindicatos, que desde 1920 hab³an perdido a la mitad de sus afiliados, eran m³is d³ciles que en 1913. La mayor³a del socialismo europeo se encontraba entre la espada y la pared.

La Depresi³n fue una cat³strofe que acab³ con tod³a esperanza de restablecer la econom³a y la sociedad del siglo XIX. Los acontecimientos de 1929-1933 hicieron imposible, e impensable, un retorno a la situaci³n de 1913. El viejo liberalismo estaba muerto o parec³a condenado a desaparecer. **Tres opciones compet³an por la hegemon³a pol³-ti-co-intelectual.** La primera era **el comunismo marxista.** Despu³as de todo, las predicciones de Marx parec³an cumplirse, como tuvo que o³r inclu-so la Asociaci³n Econ³mica Norteamericana en 1938, y adem³s (eso era m³is impresionante a³n) la URSS parec³a inmune a la cat³strofe.

La segunda opci³n era **un capitalismo** que abandonara su fe en los principios del mercado libre y fuera **reformado mediante una especie de maridaje infor-mal con la socialdemocracia moderada de los movimientos obreros no comu-nistas.** Despu³as de 1945 demostrar³a ser la opci³n m³is eficaz. Sin embargo, al principio no fue tanto un programa consciente o una alternativa pol³-tica como la convicci³n de que era necesario evitar que se produjera una crisis como la que se acababa de superar y, en el mejor de los casos, una dis-posici³n a experimentar otras f³rmulas, estimulada por el fracaso del libera-lismo cl³sico. Hasta la 20 G.M. y despu³as, no se formular³a una pr³ctica de gobierno alternativa: la direcci³n y gesti³n macroecon³mica de la econom³a basada en la contabilidad de la renta nacional, aunque, tal vez por influencia de la URSS, en los a³os treinta los gobiernos y otras instancias publicas comenzaron ya a contemplar las econom³as nacionales como un todo y a estimar la cuant³a de su producto o renta total.

La tercera opci³n era **el fascismo**, que la Depresi³n convirti³ en un mo-vimiento mundial o, m³is exactamente, en un peligro mundial. La versi³n alemana (el nazismo) se benefici³ tanto de la tradi-ci³n intelectual alemana, que hab³a rechazado las teor³as neocl³sicas del liberalismo econ³mico que constitu³an la orto-doxia internacional desde la d³cada de 1880, como de la existencia de un gobierno implacable decidido a terminar con el paro a cualquier pre-cio. Hay que reconocer que afront³ la Gran Depresi³n r³pidamente y con m³is ³xito que ning³o otro gobierno (los logros del fascismo italiano son mucho menos espectaculares). Sin embargo, no era ³se su mayor atractivo en una Europa que hab³a perdido el rumbo. A medida que la Gran Depresi³n forta-leci³ la marea del fascismo, empez³ a hacerse cada vez m³is patente que no s³lo la paz, la estabilidad social y la econom³a, sino tambi³n las instituciones pol³-ticas y los valores intelectuales de la socie-dad burguesa liberal del siglo XIX estaban retrocediendo o derrumb³ndose.